

a través de Él mismo en la verdadera y perfecta liturgia.” Tal era el único deseo del santo Obispo.

• Cuando el momento de su prueba final llegó, San Ignacio entró a la Arena como si se aproximara al Santo Altar para servir su última Liturgia en presencia de sus fieles. Ahora, obispo pleno y discípulo del Sumo Sacerdote de nuestra Salvación, Jesucristo –sacerdote y víctima a la vez- se ofreció a sí mismo complacientemente a los feroces leones que se abalanzaron sobre él y le devoraron en breves momentos, sin dejar nada, tal como él lo había deseado, excepto los huesos más largos. Estas preciosas reliquias fueron devotamente reunidas por los fieles y llevadas de vuelta a Antioquia con gran solemnidad; veneradas por los cristianos a lo largo del camino como al pastor, fueron devueltas vivas y triunfantes a su rebaño.

• SAN IGNACIO NOS ENSEÑÓ DE LA IGLESIA:

“Es un organismo divino cuyo fin es la salvación de las almas; quienes se separan de ella se separan de Dios.”

Es Católica: Fue San Ignacio quien por primera vez se refirió a la Iglesia como “Iglesia Católica”, incluyendo en ella a todos los que son fieles a la verdad.

“Por doquier aparezca el obispo, ahí esté el pueblo; lo mismo que donde quiera que Jesucristo está también está la Iglesia Católica”.

• Y SOBRE LA SANTÍSIMA VIRGEN MARÍA:

Sobre el parto Virginal dice: “Y al príncipe de este mundo se le ocultó la virginidad de María y su parto y también la muerte del Señor”.

• DENUNCIA A LOS HEREJES DICIENDO:

“Son quines no confiesan que la Eucaristía es la carne de Jesucristo nuestro Salvador, carne que sufrió por nuestros pecados y que en su amorosa bondad el Padre resucitó”.

• Y NOS ENSEÑÓ DE LA EUCARISTÍA:

San Ignacio de Antioquía es el primero en usar la palabra “Eucaristía” para referirse al Santísimo Sacramento y la llama “la carne de Cristo”, “Don de Dios”, “la medicina de inmortalidad”. Llama a Jesús “pan de Dios” que ha de ser comido en el altar, dentro de una única Iglesia.

“No hallo placer en la comida de corrupción ni en los deleites de la presente vida. El pan de Dios quiero, que es la carne de Jesucristo, de la semilla de David; su sangre quiero por bebida, que es amor incorruptible.”

“Reuníos en una sola fe y en Jesucristo. Rompiendo un solo pan, que es medicina de inmortalidad, remedio para no morir, sino para vivir por siempre en Jesucristo.”

IGLESIA CATÓLICA APOSTÓLICA ORTODOXA

PATRIARCADO DE ANTIOQUÍA

ARQUIDIÓCESIS DE CHILE

PARROQUIA DE LA

SANTÍSIMA VIRGEN MARÍA

Av. Pedro de Valdivia 92 - F: 2317284

Email: iglesia@iglesiaortodoxa.cl

Web: www.iglesiaortodoxa.cl

Folleto: 503

Gran “Teóforo”: San Ignacio de Antioquía

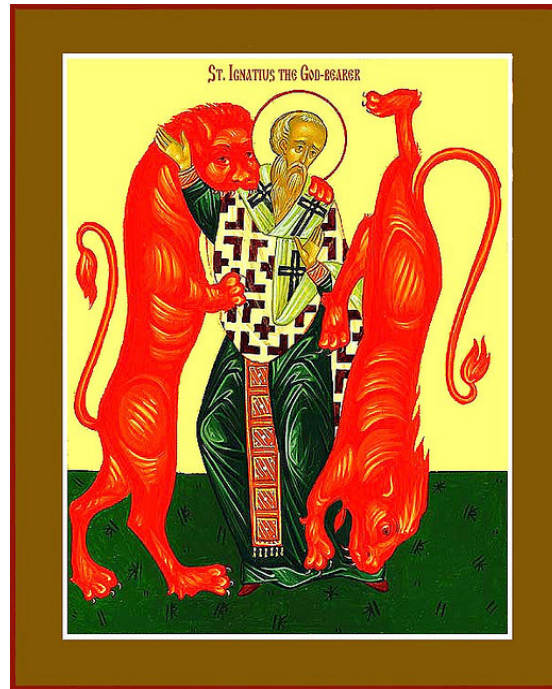


Discípulo de los Apóstoles, Padre de los Obispos, vigoroso guerrero en la vanguardia de los victoriosos Mártires, San Ignacio ha sido tres veces coronado y brilla reluciente en el firmamento de los Amigos de Dios. Atendiendo a su nombre, que simboliza el fuego (ignis, en latín), el amor de Cristo ardió tan fuertemente en su corazón que fue llamado Teóforo (Portador de Dios), calificativo que, sin jactancia, no titubeó

en aplicarse el mismo, en tanto que todos los cristianos después del Bautizo se convierten en Portadores de Cristo (Cristóforos) y son revestidos en el Espíritu Santo.

- Ignacio había conocido a los Apóstoles en su juventud y, en compañía de Policarpo, fue iniciado en los más profundos misterios de la fe por San Juan el Evangelista. Posteriormente, sucedió a Evodus como el segundo Obispo de Antioquia, capital de Siria y la mayor ciudad del oriente, cuya sede episcopal fue fundada por el Apóstol Pedro. Durante la persecución de Domiciano (81-96 d.C.), San Ignacio alentó a los muchos confesos a sobrellevar sus terribles sufrimientos con el deseo de ganar la vida eterna; consoló a los prisioneros y compartió con todos su deseo de morir en Cristo a fin de llegar a unirse a Él para siempre. Pero el temerario Obispo no fue arrestado en este tiempo y cuando la persecución se atenuó, se sintió desilusionado de que Dios no le llamara a la perfección de un verdadero discípulo.

- En los años de paz que siguieron, San Ignacio se ocupó de la organización de la Iglesia, mostrando que la Gracia que vino sobre los Apóstoles en Pentecostés persistía en el ministerio episcopal, aún cuando los Doce se hubieran ido ya. Exhortó a todas las iglesias a permanecer en unidad y amor alrededor del Obispo, quien es la imagen terrenal del único verdadero Obispo y Gran Sacerdote, Jesucristo. Unidos por la fe inquebrantable en el crucificado y resucitado Salvador, y en la unidad del corazón nacida del amor y la



esperanza común, los fieles deben reunirse tan frecuentemente como puedan, especialmente en el Día del Señor, para celebrar la Santa Eucaristía con su Obispo y la asamblea de sacerdotes y diáconos; partiendo el mismo pan, que es la medicina de la inmortalidad, el remedio contra la muerte y, específicamente, la vida eterna en Cristo. Donde está el Obispo, dijo, ahí está Jesucristo, ahí está la Iglesia, la seguridad de la vida eterna, la promesa de la comunión con Dios.

- Cuando ocurrió la persecución del emperador Trajano (98-117 d.C.) en Antioquia, San Ignacio se presentó voluntariamente ante él y confesó su fe en un solo Dios, creador y amigo del hombre y en su Hijo Unigénito Jesucristo. Con disgusto el gobernante le dijo: “Así que eres discípulo del crucificado bajo Poncio

Pilato, ¿lo eres?”. “Yo soy el discípulo de Aquél que clavó mi pecado en la Cruz y que ha derrotado al demonio y sus símbolos bajo sus pies”, replicó el santo. –“¿Por qué te haces llamar portador de Dios?”. –“Porque porto al Cristo viviente dentro de mí”. –“Entonces que el portador del Crucificado sea llevado en cadenas a Roma”, ordenó el emperador, y “ahí que sea arrojado a los leones para diversión de la gente”. Como San Pablo y muchos otros gloriosos mártires, el siervo de Dios se llenó de regocijo y fervientemente besó las pesadas cadenas que le cargaron llamándolas “mis más preciadas perlas espirituales”.

- Durante su larguísimo camino a Roma, se enteró de que los fieles de esa ciudad pretendían evitar su sacrificio, les escribió rogándoles que contuvieran su inoportuno entusiasmo y que no intervinieran: “Ahora yo suplico ser un discípulo...mi deseo terrenal ha sido crucificado, y no hay más fuego en mí por amar las cosas materiales, pero hay un agua viviente en mí que murmura y dice en mi interior: ¡Ven al Padre!”. El amor de Cristo obró tan fuertemente en él que le inspiró con palabras de fuego: “Perdónenme hermanos, no me persuadan de vivir, no deseen que yo no muera. Permítanme ser un imitador de la Pasión de mi Dios...déjenme ser alimento de las bestias, por lo que me será posible encontrar a Dios. Soy trigo de Dios y debo ser triturado por los dientes de las bestias para convertirme en pan puro de Cristo. Para hacerse, a semejanza de Cristo, verdadero pan eucarístico, para servir